



LA REINA HORTENSIA

EN Argenteuil solían llamarla todos *la reina Hortensia*. Nadie supo nunca por qué. ¿Sería porque hablaba con el aplomo de un jefe al dar voces de mando? ¿Acaso por su estatura, por su desarrollo, por su gesto imperante? ¿O tal vez porque gobernaba un pueblo de animales domésticos, gallinas, perros, gatos, canarios y loros, animales que suelen usufructuar el cariño inútil de las solteras? Pero ella no prodigaba entre los animales domésticos ni caricias ni dulces frases, ni esas pueriles ternuras que los femeniles y marchitos labios dejan fluir sobre la piel aterciopelada y brillante del gato que ronronea. Presidía su congreso de animales con autoridad; reinaba.

Era, efectivamente, una solterena de las que tienen la voz cascada, el gesto displicente, y, á juzgar por las apariencias, el alma dura. No admitía jamás contradicción, ni réplica, ni vacilaciones, ni descuidos, ni pereza, ni fatiga. Nunca se la oyó lamentarse, ni sentir lo pasado, ni desear nada. Fatalmente segura repetía: «Cada uno lo que le toca.» No tenía el menor trato con los curas, ni entraba en la iglesia, ni creía casi en Dios, llamando á las ceremonias religiosas «tráfico de llorones».

Hacía treinta y tantos años que habitaba su casita—separada de la calle por un jardincito—sin modificar ninguna de sus costumbres. Tenía criadas jóvenes, despidiéndolas implacablemente así que cumplían veintiún años.

Al morir alguno de sus perros, de sus gatos, de sus canarios, lo enterraba en el jardín, haciendo ella misma un hoyo y apisonando luego la tierra con los pies; lo substituía por otro, sin emocionarse nada.

Tenía en el pueblo algunas amistades con familias cuyos hombres, empleados en París, iban diariamente á sus despachos. A veces la invitaban alguna tarde á tomar te, y en esas visitas dormíase irremisiblemente, hasta el punto de tener que despertarla para que volviese á su domicilio.

No consintió jamás que fuesen acompañándola, porque no tenía miedo, ni de noche.

Al parecer, no la divertían los niños.

Entretenía sus ocios con labores hombrunas; carpinteaba, cuidaba el jardín, hacía de aserrador y de albañil para echar de cuando en cuando un remiendo á su ruinosa vivienda.

Tenía dos hermanas; la una casó con un herbolario, y la otra con un modesto rentista. Los primeros, de apellido Cimme, no tenían hijos, y los otros, que se llamaban Colombel, tenían tres: Enrique, de veinte años; Paulina, de diez y siete, y José, de tres años, el cual presentóse á deshora, cuando todos creían á su madre libre de tales cuidados.

Una y otra familia sólo iban á verla dos veces al año, y ella no les demostraba mucho cariño.

En la primavera de 1882 enfermó la *reina Hortensia* repentinamente. Los vecinos llevaron á la casa un médico y no quiso recibirle. Presentóse luego un cura, y ella se levantó en camisa para echarle de allí.

La criada, llorosa, preparó algunos cocimientos.

Al tercer día la enferma se agravó tanto, que un tonelero vecino, por indicaciones del médico—impuesto al cabo—encargóse de avisar á los dos matrimonios.

Llegaron á las diez de la mañana, en el mismo tren. Los Colombel llevaban al menor de sus hijos, á José.

Apenas entrados en el jardín, vieron á la criada, sentada en una silla, junto á la pared, llorando.



El perro dormía, tumbado al sol, en la esterilla de la puerta principal; dos gatos, que parecían muertos, con las patas y la cola muy estiradas, hallábanse también dormidos en las dos ventanas.

Una gallina llueca paseaba un batallón de pollue-

los, revestidos apenas con su primer plumón amarillo, y una jaula grande, pendiente de la pared, contenía una porción de canarios, que se desgañaban cantando al brillante y cálido sol de primavera.

Dos inseparables, en otra jaula pequeña, estaban muy tranquilos y muy juntos, con las patitas agarradas en el mismo travesaño.



El señor Cimme, asmático y obeso—que siempre se colaba el primero en todas partes, empujando á los demás cuando era preciso, ya fueran hombres ó mujeres—al entrar, preguntó á la criada:

—¿Qué ocurre? ¿Cómo está?

La moza dijo sollozando:

—Está en las últimas. Ya no me reconoce.

Los cuatro parientes miráronse los unos á los otros, y luego, la señora Cimme y la señora Colombel se abrazaron sin decirse ni una palabra. Eran

muy semejantes, llevando siempre igual peinado y parecidos chales rojos de cachemiras francesas, resplandecientes como brasas.

Cimme se dirigió á su cuñado, un hombrecillo paliducho, flaco y amarillento, consumido por una dolencia del estómago —y que además padecía una cojera horrible— diciéndole con la mayor naturalidad:

—¡Caramba! Ya era tiempo.

Ninguno se resolvió á entrar el primero en la alcoba de la moribunda, situada en el piso bajo. Hasta el propio Cimme absteníase de pasar delante. Al fin Colombel pasó balanceándose como un mástil de buque, haciendo resonar las baldosas la contera de su bastón.

Las dos hermanas le siguieron y Cimme entró el último.

El niño se había quedado fuera contemplando al perro.

Un rayo de sol proyectábase á través de la cama, cayendo precisamente sobre las manos de la enferma, que se abrían y se cerraban continuamente. Removíanse los dedos como si quisieran expresar algo, animados por una idea, obedientes á una intención. Todas las demás partes del cuerpo estaban inmóviles bajo la sábana. En el semblante anguloso

no se notaba ni el menor estremecimiento, y tenía los ojos cerrados.

La familia, desplegada en semicírculo, quedóse observando silenciosamente la respiración dificultosa de la *reina Hortensia*, cuya criada, lloriqueando, entró también.

Cimme preguntó:

—Pero, ¿qué ha dicho el médico?

La moza respondióle:

—Dice que la dejemos tranquila, que por ahora él no puede hacer nada.

De pronto, agitáronse los labios de la solterona. Parecían articular palabras, frases ocultas en el cerebro agonizante; sus manos removíanse con rapidez mayor.

Y habló, al fin, con una vocecita débil, que ninguno hubiera reconocido; una vocecita lejana como si arrancase de lo más profundo en aquella naturaleza de sentimientos desconocidos por todos.

Cimme se retiró de puntillas, no queriendo emocionarse con aquel espectáculo. Colombel, cuya pierna inútil se fatigaba, sentóse.

Las dos mujeres permanecieron de pie.

La *reina Hortensia* parloteaba cada vez más de prisa, pronunciando confusamente, sin dejarse



comprender; hubiérase dicho que llamaba con afecto á personas imaginarias.

Y así era su delirio, ya ininteligible:

—«Ven aquí, Felipe; dame un beso, un beso á mamá. ¿Quieres mucho á mamá? Rosa: cuida bien de tu hermana mientras yo esté fuera. Sobre todo, no la dejes ni un momento sola. Ya sabes. Y no tocar las cerillas.»

Callóse unos instantes; luego, llamó: «¡Enriqueta!» «Dile á papá que necesito hablarle antes de que se vaya.» Y después de un breve silencio: «Me siento malucha hoy. Prométeme que no tardarás en volver. Di en la oficina que me has dejado enferma. No me gusta ver solos á los niños mientras yo estoy en la cama. Tendremos para postres arroz con leche. A los pequeños les gusta mucho. Sobre todo, á Clara.»

Reía de un modo juvenil y bullicioso, como no había reído jamás: «¡Mírale cómo se ha embadurnado la cara con dulce nuestro Juanito; mírale qué gracioso es nuestro nene!»

Colombel, que á cada instante cambiaba de posición la pierna inutilizada, murmuró:

—Un delirio natural: que tiene hijos y esposo. Agoniza.

Las dos hermanas continuaron inmóviles, atontadas y sorprendidas.

La criada preguntó:

—¿Quieren quitarse las señoras el sombrero y el abrigo? ¿Quieren pasar al gabinete?

Salieron, sin contestar siquiera. Colombel siguiólas, cojeando, y otra vez quedó la moribunda enteramente sola.

Ya libres de los arreos de viaje, sentáronse al fin las dos mujeres. Uno de los gatos abandonó la ventana, saltando al suelo y subiéndose después sobre las rodillas de la señora Cimme que le acarició.

Se oían las voces de la *reina Hortensia*, que realizaba quizás en su delirio el ensueño de toda su vida, creyéndose casada y madre de una prole numerosa, en sus últimas horas.

Cimme, jugaba en el jardín con el niño y con el perro; divirtiéndose mucho, con la satisfacción que producen á un hombre gordo el aire libre y la verdura del campo, sin acordarse ya de la enferma.

Pero de pronto, entró y dijo á la criada:

—Oye, tendrás que disponer almuerzo.

Y dirigiéndose á su esposa y á su cuñada, prosiguió:

—¿Qué os parece mejor?

Y acordaron que una tortilla, un pedazo de solomillo con patatitas nuevas, un poco de queso y una taza de café.

La señora Colombel se hurgaba en los bolsillos á caza del portamonedas, y Cimme la contuvo preguntando á la moza:

—¿Tú debes tener dinero?

—Sí, señor—dijo la criada.

—¿Cuánto?

—Quince francos.

—Hay suficiente. Apresúrate, porque ya empiezo á tener hambre.

La señora Cimme, contemplando los rosales trepadores, bañados por el sol, y una pareja de palomas que se arrullaban sobre un tejado, con voz lastimosa exclamó:

—¡Vaya un día que podíamos pasar aquí, si no fuera doloroso el motivo que nos trae!

Su hermana suspiró sin responder, y Colombel, aterrado tal vez por la idea de una caminata, murmuró:

—Esta cochina pierna, me desazona.

El niño y el perro hacían un ruido infernal con sus alegres voces el uno, y el otro ladrando sin cesar; jugaban al escondite, persiguiéndose y tropezándose en torno de los macizos del jardín, corriendo como locos.

La moribunda continuaba llamando á sus hijos, hablaba con todos ellos imaginándose que los ves-

tía, que los acariciaba, y haciéndoles deletrear: «Vaya, Simón, repite: A, B, C, D. No pronuncias bien; se dice D, D, D. ¿Comprendes? Ahora tú... ¡D!

Cimme insinuó:

—¡Es curioso lo que dice ahora!

La señora de Colombel, adujo:

—Tal vez sería conveniente que volviéramos á su lado.

Pero Cimme la disuadió en seguida:

—¿Para qué? ¿Remediaríamos algo? Aquí estamos bien.

Y ninguno insistió. La señora de Cimme, contemplaba los dos pajaritos verdes llamados «inseparables», pronunciando algunas frases apologéticas referentes á tan admirable fidelidad, censuró al hombre, que no imita la conducta de aquellos animalitos.

Cimme, oyendo á su mujer, sonreía y canturreaba:

—Tra-la-la, tra-la-ra-la...

Dejando entrever sus opiniones acerca de la fidelidad conyugal.

Colombel, sintiendo calambres en el estómago, golpeaba las baldosas con el bastón.

El otro gato, entró con la cola erguida.

Sentáronse á comer, á la una.

En cuanto hubo probado el vino, Colombel, á quien el médico aconsejaba que sólo bebiera burdeos muy bueno, llamó á la criada para decirle:

—¿No tenéis aquí otro vino mejor?

—Tenemos del que sirve la señora cuando vienen ustedes á comer el día de su santo.

—Anda: sube tres botellas.

En efecto; lo juzgaron excelente, no porque su elaboración fuera esmeradísima, sino porque llevaba quince años en la bodega.

Cimme indicó:

—Es un verdadero vino para enfermos.

Colombel, dominado por el ansia de acaparar aquel burdeos, insistió preguntando á la moza:

—¿Queda bastante aún, muchacha?

—¡Oh! Casi todo. La señora no lo bebe nunca.

Entonces Colombel, inclinándose hacia su cuñado, le dijo:

—Si no te opones, Cimme, yo me quedaré con toda la partida, y en cambio, tú eliges algo que sea de tu gusto. Este vino me conviene; mi estómago lo recibe como una bendición.

La llueca entró con su manada de polluelos, y á las dos señoras les hizo mucha gracia y se divertían echándoles miguitas de pan.

Otra vez mandaron á jugar en el jardín al niño y al perro, que habían comido ya bastante.

La *reina Hortensia* proseguía su delirio incesante, pero habiéndosele apagado mucho la voz, sus palabras no eran comprensibles.

Después de tomar café, volvieron á entrar todos en la alcoba y les pareció que la enferma descansaba.

Salieron al jardín, sentándose para facilitar una buena digestión.

De pronto, el perro comenzó á dar vueltas en torno de las sillas, con toda la rapidez de que sus patas eran capaces, llevando un objeto en la boca. El niño esforzabase por alcanzar al perro. Entraron uno tras otro en la casa.

Cimme se había dormido al sol.

La moribunda levantaba nuevamente la voz. Luego dió un grito agudo.

Las dos hermanas y Colombel acudieron para enterarse de lo que sucedía. Cimme despertóse pero no se movió; le desagradaban ciertas escenas.

La moribunda se había incorporado y miraba con fiereza. El perro, perseguido, había subido á la cama, y fijando en el niño sus ojos resplandecientes, disponíase á saltar y proseguir el agradable

juego. Llevaba en la boca una zapatilla de la *reina Hortensia*, destrozada por sus dientes.

El niño, asustado por aquella mujer que se alzaba como un espectro, quedóse petrificado.

La llueca, sorprendida por el clamor de la mori-



bunda, encaramada en una silla comenzó á cacarear, llamando á sus pequeñuelos que piaban desesperados y miedosos.

La *reina Hortensia*, repetía con voces desgarradoras:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Mis pobres hijos! ¿quién los cuidará? ¿quién los educará? ¿quién los querrá? ¡No quiero morir! No... no...

Desplomóse. Había muerto.

El perro, muy excitado, huyó, pisoteándola.
Colombel acercóse á la ventana, y dijo á su
cuñado:

—Sube; corre. Me parece que todo acabó.

Y Cimme, levantándose al fin, balbuceó cuando
estuvo convencido:

—No ha sido pesada. Eso fué más breve de lo
que yo me temía.

